

APOSTOLADO EPISTOLAR

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 5: LA MISIÓN APOSTÓLICA

APOSTOLADO EPISTOLAR

*La Iglesia ha nacido con este fin: propagar el reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre, y hacer así a todos los hombres partícipes de la redención salvadora ¹, obrada por Jesucristo en el Calvario. Y a todos los cristianos, Cuerpo Místico de Cristo, se nos ha confiado la gloriosa tarea de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado en todas partes por todos los hombres ². Ningún cristiano queda eximido de esta misión apostólica, necesaria para que el número de los elegidos llegue a su plenitud y para que el Reino de Dios se instaure definitivamente sobre la tierra. Dios mismo exige nuestra cooperación: *por predicar el Evangelio* —decía San Pablo—, *no tengo gloria, pues estoy por necesidad obligado a ello; y desventurado de mí si no predicare* ³.*

Si la misión apostólica compete a todos los cristianos, en nuestro caso —dedicados por vocación divina al apostolado— esta obligación adquiere una urgencia mayor: Dios nos ha elegido para *restaurar todas las cosas en Cristo, tanto las de los cielos como las de la tierra* ⁴. *A eso, hijos míos, hemos sido llamados; ésa ha de ser nuestra tarea apos-*

(1) Concilio Vaticano II, dect. *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

(2) *Ibid.*, n. 3.

(3) I Cor. IX, 16.

(4) *Ephes.* I, 10.

*tólica que, con una espiritualidad propia y una ascética peculiar, se encuadra maravillosamente dentro de la única misión de Cristo y de su Iglesia*⁵.

*Es el nuestro, un apostolado de amistad y de confianza*⁶. Vivimos entre los demás hombres, unidos por intereses comunes, y afanados en idénticos problemas. Convivimos, en una palabra, con todos lo que nos rodean, y en esas circunstancias ejercemos el apostolado. *De esa convivencia* —ha escrito nuestro Padre— *tomáis ocasión para acercar las almas a Cristo Jesús, y es lógico que no la rehuyáis. Más aun, es preciso que la busquéis, que la fomentéis, porque sois apóstoles, con un apostolado de amistad y de confianza, y no podéis encerraros en ningún muro que os aisle de vuestros compañeros: ni materialmente —porque no somos religiosos—, ni espiritualmente, porque el trato noble y sincero con todos es el medio humano de vuestra labor de almas*⁷. De ahí nuestro empeño por impregnar con el calor de Cristo todas las relaciones que unen a los amigos entre sí: el trabajo, las aficiones, las relaciones sociales, económicas, políticas...

Cartas de amigos

La amistad es la base humana para hacer apostolado. Y así, todo lo que contribuye a conservar y hacer más fuerte la amistad es también una exigencia apostólica. Son muchos los cauces por los que discurre la amistad, los modos en que se manifiesta y las formas que adopta. Y entre todas esas modalidades, variables según las circunstancias, hay algunas que podríamos decir universales, que se adaptan a cualquier situación. Una de ellas es la palabra escrita, mantener correspondencia con quienes están alejados, estar al corriente de lo que hacen y de las circunstancias en que viven: cartearse. El mismo modo de relacionarse y

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933.

(7) *Ibid.*

estar unidos, usual entre las personas que viven alejadas, es el que nosotros debemos vivir, elevándolo al orden sobrenatural, convirtiéndolo en medio de apostolado, porque no es propio de nuestro modo de hacer lo que no resulta natural. De este simple hecho —escribir cartas—, de lo mismo que hace todo el mundo, sacamos ocasión de apostolado, hasta el punto de que constituye de por sí un modo específico de acción apostólica, que hemos vivido en la Obra desde el principio, el **apostolado epistolar** que nuestro Padre practicaba y enseñó a vivir a los primeros de Casa con los chicos de San Rafael, con sus padres, con sus parientes y conocidos.

Si escribir cartas es una forma de hacer apostolado, de mantener la amistad y reforzarla, la consecuencia necesaria es que debemos escribir. No se trata de tener o no dotes literarias, afición a escribir o abundancia de tiempo, sino de tener o no, aquí y allá, amigos necesitados de unas palabras de afecto o de aliento. ¿Quién recibe mal una carta en la que se le recuerda, se le felicita por su santo o su cumpleaños, o se le da una noticia interesante? Escribir es cuestión de amistad, de interés, de ímpetu apostólico.

No podemos dejar que una amistad se pierda al abandonar una ciudad o cuando es el amigo el que se traslada. Es más, en muchas ocasiones es la separación la que la refuerza, porque la hace más patente. Unas veces porque la confirma: el que procura continuar en contacto muestra que su amistad es más fuerte que la distancia y que la separación. Otras veces, porque pone de relieve que había algo más que la rutina de una convivencia por razones de trabajo o de vecindad. Otras, porque sirve para subrayar el desinterés de una relación que se continúa sin un intercambio de servicios que le sirva de base, sin que haya otros motivos para mantener el contacto que los que dicta la mutua estima. ¡Qué fácil es reanudar una amistad, cuando no se ha dejado que la rompiese el tiempo o la distancia! Resulta natural, lógico, porque el alejamiento ha creado una tensión que pide una comunicación mayor, una amistad incluso más profunda que antes. Pero si no ha habido esta tensión, el nuevo acercamiento resulta artificial, impuesto seguramente por circunstancias distintas a la verdadera amistad.

Intención apostólica

Las cartas, única relación sensible con la persona ausente, son imprescindibles para que la amistad no muera por falta de trato personal. Son ese mismo trato, adaptado a nuevas circunstancias. Por tanto han de reunir características semejantes. Para quien tiene el corazón lleno de Dios, las cartas son un modo más de reflejar esa vida divina de la que quiere hacer partícipes a los demás. Lo contrario sería incluso artificioso, señal de que la amistad no es cristiana, y por tanto, para un cristiano, ni siquiera verdadera amistad. Nunca puede faltar una intención apostólica, una referencia sobrenatural en nuestra correspondencia. Muchas veces, la gracia divina espera las circunstancias más indiferentes —una palabra, un gesto, unas letras— para remover un alma, para librarla de un peligro, para hacerla progresar. Nuestro Fundador nos ha dejado escritas unas líneas que muestran esta experiencia concreta: *encabecé mi carta, como suelo: "Jesús te me guarde". —Y me escriben: "el ¡Jesús te me guarde! de su carta ya me ha servido para librarme de una buena. Que El les guarde también a todos"*⁸.

Al mismo tiempo que sobrenaturales, nuestras cartas deben ser sencillas. Hablamos y escribimos igual que cualquier otra persona de la calle, usando las expresiones propias de nuestra personal formación humana. Tratamos de hablar con *don de lenguas*, del modo más conveniente a las circunstancias de la persona a quien escribimos, a sus necesidades concretas. Una recomendación breve, un consejo práctico pueden más que muchas páginas llenas de razonamientos y consideraciones. Lo más importante es que las cartas procedan del cariño, que sean sinceras, íntimas, personales, auténticas.

*¡Mirad qué carta tan larga os he escrito de mi propio puño!*⁹, decía

(8) *Camino*, n. 312.

(9) *Galat.* VI, 11.

San Pablo a los Gálatas como para dar una prueba concreta de su cariño hacia ellos. Toda la tradición cristiana, desde los primeros momentos, ha sabido hacer uso del apostolado epistolar. San Juan, ya anciano, escribiendo a Gayo, discípulo fiel cuando muchos desertaban, vierte en pocas líneas, de modo sencillo, el cariño que rebosaba su corazón: *muchas cosas tenía que escribirte, pero no he querido hacerlo por medio de tinta y pluma; pues espero verte enseguida y hablaremos de viva voz* ¹⁰.

Muchas veces contó nuestro Padre cómo realizaba, desde los comienzos de la Obra, este apostolado epistolar. Durante la guerra de España, cuando los muchachos de San Rafael andaban dispersos por los frentes, sabía ponerles unas letras llenas de cariño en cuanto podía; e incluso viajaba hasta la línea de fuego, en incómodos medios de locomoción, para llevarles personalmente unas palabras de aliento humano y sobrenatural. *He sabido que has estado enfermo, y me apresuro a escribirte, en cuanto llega a mis manos tu dirección* ¹¹, escribía a uno de estos chicos en 1938. Cartas sencillas, llenas de afecto y de interés paterno. *Tengo muchas ganas de saber algo de ti, directamente. Escribeme, y, entonces, volveré yo a hacerlo despacio* ¹². Y, siempre, la preocupación por restablecer el contacto con los demás chicos, que la guerra había roto: *danos las direcciones que sepas de nuestros amigos* ¹³.

Del "apostolado epistolar" me haces un buen panegirico. —Escribes: "No sé cómo emborronar papel hablando de cosas que puedan ser útiles al que recibe la carta. Cuando empiezo, le digo a mi Custodio que si escribo es con el fin de que sirva para algo. Y, aunque no diga más que bobadas, nadie puede quitarme —ni quitarle— el rato que he pasado pidiendo lo que sé que más necesita el alma a quien va dirigida mi carta" ¹⁴. Son muchas las personas con quienes podemos ejercitar este apostolado epistolar: parientes, amigos, conocidos. Pero, entre todos, estamos especialmente obligados con nuestros padres y con quienes hemos iniciado un apostolado que

(10) III Joann. 13-14.

(11) De nuestro Padre.

(12) De nuestro Padre.

(13) De nuestro Padre.

(14) Camino, n. 976.

exige nuestro trato y nuestra ayuda para que su vida interior no se malogre, y dé el crecimiento y los frutos a que está llamada.

El mandamiento de amar a los padres es de derecho natural, y de derecho divino, y nosotros le llamamos dulcísimo precepto. Os tenéis que portar muy bien con ellos... sin perder la libertad. Con un poco de picardía, les podéis hacer muy felices, y que amen a la Obra, y además tener vosotros una libertad completa para servir a Dios ¹⁵. Casi el único modo, y un modo eficaz, de acercar a nuestros padres a la Obra cuando están ausentes, es escribirles con frecuencia y periodicidad. De este modo, si con pillería sabemos hacerles participar de los momentos alegres, callando en cambio pequeños detalles que les podrían preocupar; si procuramos tenerles al corriente de nuestras andanzas, contribuimos a hacerles amable nuestra vocación. Verán que nos hace tenerles muy presentes, estar alegres, ser agradecidos. *Que sepan que les queremos. ¿Cómo vamos a hacer una cosa agradable a Dios, si abandonamos las almas de los que nos han querido tanto en la tierra, y tanto han contribuido —a veces, sin darse cuenta— a nuestra vocación?* ¹⁶. Y añadía nuestro Padre: *que vean que hay correspondencia por nuestra parte a todo el desvelo, a la preocupación y al sacrificio que han hecho por nosotros* ¹⁷.

Continuidad en la labor

Las cartas son imprescindibles para mantener la amistad, porque son lazo de unión que avecina a las personas; de ahí nace su importancia en el apostolado. Y esta relación epistolar adquiere mucho más relieve —llega a ser imprescindible— en la labor de San Rafael, cuando, por diversas circunstancias, los muchachos se han alejado temporalmente de nuestro lado.

(15) De nuestro Padre, Crónica VII-60, p. 12.

(16) De nuestro Padre, Noticias I-58, p. 16.

(17) De nuestro Padre, Crónica VII-60, p. 12.

Escribió nuestro Padre: *como os he recordado con frecuencia, hijas e hijos queridísimos, nuestra obra de San Rafael es un remanso de trabajo generoso y de paz, aun en medio de todos los apasionamientos nacionales e internacionales* ¹⁸. Y añadía: *es el sembrero del Opus Dei. Es el medio ordinario, con que cuenta la gracia de Dios —y descuidarlo sería tentar al Señor, obligarle a conceder gracias extraordinarias—, para preparar las futuras vocaciones* ¹⁹. Mucho insistió nuestro Fundador sobre esta labor, fundamental en el apostolado de la Obra. Hemos de velar con cuidado exquisito para realizarla tal y como el Señor quiere; en ella debemos gastar lo mejor de nuestro tiempo y de nuestras energías. *Haréis, pues, el proselitismo de modo especial con los chicos de San Rafael, que serán el objeto predilecto de vuestros desvelos y de vuestro celo, que pido al Señor que aumente en todos de día en día: porque de este modo, con mirada sobrenatural, vuestro afán apostólico agrandará su extensión sin perder intensidad, sirviéndoos —como instrumento— de esas mismas almas que formáis* ²⁰.

Esta dedicación a la obra de San Rafael —distinta según las circunstancias— que nuestro Padre pide a todos sus hijos, exige esfuerzo, oración, sacrificio personal. Y exige continuidad, para que, por descuido, no se pierda el fruto de todo un año de labor en pocos días. *Os he dicho muchas veces, hijas e hijos míos, sigue recordando nuestro Fundador, que para el apostolado no hay vacaciones: la obra de San Rafael se realiza con continuidad a lo largo de todas las épocas del año. Como es natural, la labor que se hace con los estudiantes durante sus vacaciones, tiene características distintas de la que desarrollamos durante el curso escolar. Pero no se interrumpe* ²¹. Siempre hay épocas en que es más difícil mantener contacto con los muchachos, sean estudiantes o no. *Para la gente joven, hay un tiempo que puede ser muy peligroso: los meses de verano, que casi necesariamente suponen un alejamiento de la mayoría de sus*

(18) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

(19) *Ibid.*

(20) *Ibid.*

(21) *Ibid.*

compañeros, que asisten con ellos a la tarea de la obra. Por eso, hay que procurar por los medios ordinarios que el verano no suponga un corte total en el trato ²²; que se mantenga firme la vida interior de los muchachos de San Rafael durante la temporada de ausencia.

Nuestro Padre insistía: *la perseverancia de nuestros chicos tiene un gran enemigo: el verano. Prevenidles, antes de que se marchen: sólo a quien persevera hasta el fin se le promete el cielo —quí... perseveraverit usque in finem, hic salvus erit (Matth. X, 22)* ²³. Las mismas palabras podrían aplicarse a la ausencia ocasionada por otros motivos: cambio de domicilio, de lugar de trabajo —tanto del muchacho de San Rafael como del de Casa que le trata—, viajes... En todos estos casos *es preciso que la relación con los chicos no pierda continuidad. Habéis de ayudarles a que sean fieles a las normas de piedad que han empezado a vivir, a que hagan algo de apostolado en el ambiente en el que pasen las vacaciones; a que empleen bien el tiempo, mejorando su formación cultural, estudiando un idioma, y también descansando: siempre he dicho a los chicos que el descanso —que no consiste en no hacer nada, sino en cambiar de ocupación— es importante, e incluso he querido que sea materia del examen de su retiro mensual* ²⁴.

Hay que procurar que, en ese tiempo, no se rompa la relación que los chicos mantienen con la Obra. Los medios para lograrlo serán diversos, según la razón del alejamiento y las circunstancias personales. Si han marchado definitivamente a otra ciudad o a otro país, lo más oportuno puede ser ponerlos en contacto con alguna labor de la Obra en su nuevo domicilio; si es el de Casa que le trataba quien cambia de residencia, el modo de no perder relación con la Obra será distinto. *Es forzoso que los Numerarios, por las exigencias de su formación y por las necesidades de la Obra, aunque se tienda a no moverlos, tengan que cambiar de ciudad —incluso en muchos casos más de una vez— durante sus estudios, pero no por esto deben quedar aban-*

(22) *Ibid.*

(23) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935.

(24) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

donados los chicos de San Rafael, a quienes trataban. Para evitarlo hay que procurar que esos muchachos estén de verdad en la obra de San Rafael y unidos no tan sólo a su amigo, sino a una casa y a varias personas de ese Centro ²⁵.

Cuando el alejamiento es temporal —con motivo de vacaciones, permisos en el trabajo, etc.—, *para que no pierdan el contacto con la casa que frecuentan durante el curso, podréis organizar algunas excursiones que os den ocasión de verles; o ponerlos de acuerdo con varios de ellos, y así encontráros en un lugar más o menos equidistante, etc. Donde haya algunos que pasan el verano en lugares próximos, cada uno de ellos ha de tener empeño en no dejar de tratar a los otros. Y en todo caso, siempre es posible escribirles con frecuencia, o hacer que les escriban sus compañeros más maduros, colaborando con vosotros* ²⁶.

Aquí cobra particular importancia el apostolado epistolar que nuestro Padre nos ha enseñado a vivir en la obra de San Rafael. *No olvidéis, en cada casa* —escribía en 1935—, *que es preciso sostener correspondencia con los chicos, durante las vacaciones, exigiéndoles que escriban una vez al mes* ²⁷. Personalmente, nuestro Padre ejercitaba entonces esta tarea. *¡Cuánto he practicado yo el apostolado epistolar con mis chicos de San Rafael, cuando no los tenía cerca! A veces, tres o cuatro cartas seguidas, antes de recibir contestación. Si no podía escribirles extensamente, les ponía unas pocas letras: algo que fuera una llamada, un estímulo, un recordatorio también para sus propósitos* ²⁸.

Además de estas cartas personales, íntimas, nuestro Fundador usaba otros medios para mantener vivo el contacto con los muchachos ausentes: *es preciso enviar a todos ellos* —escribía hace muchos años— *relación de las cartas recibidas —noticias—, acompañando estas noticias con unas líneas para cada uno* ²⁹. Eran boletines periódicos que llevaban a los chicos el calor de familia necesario para que

(25) *Ibid.*

(26) *Ibid.*

(27) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935.

(28) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1942.

(29) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935.

siguieran unidos a la obra de San Rafael, y que les ayudaba a mantener encendida su vida interior y su deseo de hacer apostolado.

El ejemplo de nuestro Padre nos ha de mover a no descuidar nunca el apostolado epistolar en la labor de San Rafael. Sus frutos difícilmente pueden medirse, pero son siempre importantes: impulsa la vida interior de los chicos, fomenta su deseo de hacer apostolado, les dispone para recibir la llamada del Señor a la Obra y para responder generosamente a la vocación. *“La carta me cogió en unos días tristes, sin motivo alguno, y me animó extraordinariamente su lectura, sintiendo cómo trabajan los demás”. —Y otro: “Me ayudan sus cartas y las noticias de mis hermanos, como un sueño feliz ante la realidad de todo lo que palpamos...” —Y otro: “¡Qué alegría recibir esas cartas y saberme amigo de esos amigos!” —Y otro, y mil: “Recibí carta de X. y me avergüenza pensar en mi falta de espíritu comparado con ellos”.*

¿Verdad que es eficaz el “apostolado epistolar”? ³⁰.

La labor de San Rafael merece todos nuestros desvelos; no hay trabajos ni sacrificios grandes en comparación con la importancia de mantener su continuidad. *Que todos vosotros, hijas e hijos, los más jóvenes y los que ya no lo seáis tanto, tengáis siempre una preocupación muy viva por nuestra obra de San Rafael. La hemos de mirar con predilección —lo repito—, ha de ser la niña de nuestros ojos ³¹.*

(30) *Camino*, n. 977.

(31) De nuestro Padre, *Caria*, 24-X-1942.

[Anterior](#) - [Siguiente](#)

[Volver al índice de Cuadernos 5: La misión apostólica](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)